

NAVA ÁLVAREZ, GASPAR DE. CONDE DE NOROÑA (1760-1816)

ANTOLOGÍA I

INDICE:

Anacreónticas
Chasco cruel
A mi criado
De Lisis
Excelencia de Lisis
De Cupido y Lisis
De Amira
A una paloma
A una mosca
Del vino
De las desconfianzas
A una muchacha de un sueño
A un pajarillo
La doncella aldeana
La primavera
Tristeza en la ausencia
A Drusila
De mí mismo
A unas lágrimas
Del amor
De una niña y el amor
A Venus
A Cupido
A un clavel
La venida de la primavera
Dichas soñadas
A don Francisco Javier Venegas de Saavedra
A Belisa
El lujo
A la abertura de una Sociedad de Amigos
Oda I
Oda II
Imprecación contra la guerra
A la batalla de Trullás
A la paz entre España y Francia
Contra la corrupción del siglo

A la buena memoria
La quicaida
Canto III
Canto IV
Canto VII
Canto VIII

Anacreónticas

(Al lector)

Estas mis tiernas Odas,
en la niñez nacidas,
que expresan de mi pecho
ya rabia, ya alegría,
en donde a cada paso
retratados se miran
el fuego de Cupido,
de Lio la risa,
a ti, lector amado,
dedico, no por más,
sino porque son copia
de las pasiones vivas.
Sin ellas nunca Apolo
me templara la lira,
ni versos me dictara
la docta Poesía.
No al lírico teyano,
no a las musas latinas,
que el amor celebraron
de Lesbia, Delia y Cintia.

No al muchacho Villegas
en sus tiernas Delicias,
no a Moratín, Cadalso,
no a muchos que le imitan
ni menos a Meléndez,
que es la dulzura misma,
con arrogancia vana
a competir aspiran.
Dejan que éstos su frente
de lauro inmortal ciñan,
mientras la Fama al mundo
su mérito publica.

Ellas, como se precian
de humildes y sencillas,
si agradan han llegado
al colmo de su dicha:
Que amores y placeres
casi siempre fastidian
a quien no está agitado
de las pasiones vivas.

Chasco cruel

Entre sueños anoche
me figuraba un prado,
en donde unas muchachas
un baile concertaron.

Saltaban y reían,
hacía yo otro tanto,
cuando de pronto miro
a Lisis a mi lado.

Al verla tan hermosa
suspensos nos quedamos,
como si nos hiriera
Júpiter con su rayo.

Vuelvo del susto, busco
la causa de mi pasmo.
La encuentro y la alegría
retozaba en mis labios.

Voy a dar a mi Lisis
mil besos, mil abrazos.
Despierto y con el lecho
encuéntrome abrazado.

A mi criado

Debajo de este mirto
pon la mesa, muchacho,
bordada de mil flores,
cercada de mil ramos.

Llamarás al convite,
no críticones sabios,
no vicios que regañan,
no ricos que son raros,

sino niñas bonitas,
muchachos agraciados
con ojos habladores
y la risa en los labios.

No me olvides lo dicho:
Sobre todo te encargo
que traigas a mi Lisis,
que venga aquí volando.

Formaremos un baile
con repetidos saltos
del modo que lo hacía
Anacreonte anciano.

Y luego enlazaremos
con dulzura los brazos,
en prueba de lo mucho
que todos nos amamos.

A mi Lisis daréla
un beso, dos, tres, cuatro,
veinte, cuarenta, ciento,
un millón y otros tantos,

de modo que se queden
confusos y admirados
aquellos que pretendan
ya verlos ya contarlos.

Volveremos al baile
y luego a los abrazos,
y al fin acabaremos
con el licor de Baco.

De Lisis

Cansado ya Cupido

de ver mi resistencia,
sentado al par de Venus
aguzaba sus flechas,
y mirando a su Madre
con expresiones tiernas
le dirigía humilde
esta triste querella:

Querida Madre mía,
cuando toda la tierra
la vëo que postrada
se rinde a mi potencia,
sólo un muchacho quiere
oponerse a mis fuerzas.
¿Cómo quieres que viva
con semejante afrenta?

O dispón que se rinda,
o a Júpiter le ruega
que me quite las armas,
y que mortal me vuelva.
Su Madre en el regazo
le acaricia, consuela
y, animando su pecho,
le responde risueña:

No se ganan las plazas
tan pronto y las empresas
son mucho más gloriosas,
cuando trabajo cuestan.

No desmayes y busca
al punto una belleza,
cuyos cabellos, ojos,
boca y colores sean
los bordones del arco,
las aladas saetas,
el reclamo y divisa
de tu marcial bandera.

Obedeció Cupido
y a Lisis me presenta
en quien se hallan grabadas
las relevantes señas,
que Venus le dictaba
y que estaban dispuestas

para arrojar al suelo
mi desdén y soberbia.

Excelencia de Lisis

Mandó la diosa Venus
a un pintor afamado
que un retrato tan bello
la formase en un cuadro,

que sólo con mi Lisis
pudieran compararlo.
Y aunque se halló confuso
con empeño tan arduo,

juntó para que fuese
perfecto y acabado
cuantas doncellas eran
en hermosura pasmo.

De Ina pintó la frente,
los ojos como rayos
de Clorinda, de Elisa
los encendidos labios,

la nariz de Amarilis,
los cabellos dorados
de Fílida, de Nise
las torneadas manos,

de Anarda la cintura,
de Dórida los brazos,
y de la gran Florinda
el pecho levantado.

Pero viendo que Lisis
sobresalía tanto
como los fuertes robles
sobre zarzales bajos,

arrojó los pinceles,
haciendo mil pedazos
la pintura y le dijo
absorto con tal caso:

Ni hay belleza en la tierra
para hacer el retrato
que me pides ni es obra
de entendimiento humano.

Sola tú, Venus, puedes
ser comparada en algo
a Lisis, pero de otra
es locura pensarlo.

De Cupido y Lisis

En el jardín de Lisis
cogiendo está Cupido
mil flores, que deshace,
jugando como niño.

Salta una mariposa,
alarga sus deditos
y por pillarla deja
sus armas con descuido.

Lisis, que así le mira,
se acerca de improviso,
le toma las saetas
y el arco vengativo,

menea la cabeza,
mofándole infinito,
mas él dice sereno
con un blando sonrisa:

¿Por qué tomas mis armas,
si tus ojos divinos
son dardos que atraviesan
mucho más que los míos?

De Amira

En el pelo de Amira
el Amor travesea,

en sus ojuelos bulle,
en sus mejillas juega,
en sus labios se ríe,
en su cuello gorjea
y en su pecho palpita
porque Amor vive en ella.

Al Cielo cristalino
vamos porque de Amira
es hoy el natalicio.
Y desde el mundo goza
de un bien tan peregrino,
el Sol sobre la tierra
con un perpetuo giro
diez y nueve veranos
únicamente ha visto.

Por eso haz lo que mando,
dispón el sacrificio...
mas tente, que ella sólo
quiere el corazón mío.

Y así ve, corre, dile
que yo lo sacrifico
a su amor y en sus aras
en día tan festivo.

A una paloma

Dulce paloma mía,
vuela, vuela al momento,
y, buscando a mi Amira,
colócate en su pecho.

Tú llevas mis poderes,
y en ellos mis deseos,
y así llora si llora,
si se ríe haz lo mismo,
si se muestra enojada,
con süaves requiebros
serena su semblante,
alegra sus ojuelos.

Si cantar pretendiere

con un arrullo tierno
acompaña su canto
más dulce que el de Orfeo.

Si duerme, te suplico
que le guardes el sueño,
la cubras con tus alas,
y defiendas de Febo.

Si escucha, da con pompa
en tomo mil paseos,
e hinchando tu garganta,
dile cuánto la quiero.

Mas si de este mensaje
ella hiciere desprecio,
no vuelvas, que tu vista
me diera más tormento.

A una mosca

Oh mosca, que revuelas
en tomo de mi Amira,
que siempre la acompañas,
que sus secretos miras.

Tú que el sueño le robas
cuando está más dormida
con tus sutiles alas,
haciéndole cosquillas.

Tú que su mano tocas,
tú que su pecho picas,
que en su cabello juegas,
que besas sus mejillas

y que chupas ansiosa
el dulcísimo almíbar
de sus rosados labios,
donde el Amor habita.

¡Ay! Si tuvieras mi alma,
¡cuánta fuera tu dicha!
Y si yo tu licencia,

¡qué de cosas no haría!

Del vino

En este vaso, lleno
de generoso vino,
hallo remedio fácil
a los pesares míos.

No me acuerdo de guerras,
del dinero me olvido,
aborrezco los mandos,
y por nada litigo.

Bebo a menudo y canto
con sumo regocijo,
cercado de muchachas,
rodeado de amigos.

Ellas me hacen mil gestos,
yo corriendo las sigo,
y ellos las acompañan
en la burla y bullicio.

Pero ¿a mí qué me importa
que, jugando conmigo,
me digan soy beodo,
y que he perdido el juicio,

si encuentro mil dulzuras
y gustos exquisitos
en este vaso lleno
de generoso vino?

De las desconfianzas

Los más horribles monstruos
que la infernal morada
envía contra el hombre
son las Desconfianzas.

Por ellas están siempre

las puertas y las arcas
cargadas de aldabones,
rastrillos y cerrajas.

Por ellas los maridos
cubrieron las ventanas
de espesas celosías
y de inquietud el alma.

Por ellas se inventaron
los sellos de las cartas
y entre los comerciantes
las públicas fianzas.

Por ellas el hermano
del hermano recata
del pecho los secretos,
del cuarto las alhajas.

Por ellas la alegría,
volviendo las espaldas,
al hombre dejó en manos
de las voraces ansias.

Por ellas no me crees...
Tranquiliza, descansa,
y mira mi amor puro
unido a la constancia,

conociendo al instante
que todas son fantasmas,
que fabrican los monstruos
de las Desconfianzas.

A una muchacha de un sueño

Entre las ilusiones,
que el sueño te presenta,
¡qué consejos tan sabios
te propone a la idea!

Esta noche pasada
soñabas que avarienta
despojabas de rosas

infinitas macetas.

¡Cuán ufana tu mano
quebraba con fiereza
los tallos más robustos,
que su primor sustentan!

Sigue, sigue cogiendo,
ya que te hallas despierta,
las flores que te ofrece
tu dulce primavera,

ahora que en tu rostro
están puras y frescas,
y tus ojos despiden
vivísimas centellas,

ahora que de nadie
admites competencia,
pues tu edad es muy poca
y mucha tu belleza.

Ahora es cuando debes
coger a toda priesa
de los gustos süaves
las flores lisonjeras.

Porque si te retardas
y el cano tiempo llega,
dejará con un soplo
las gracias que desprecias.

Y entonces, aunque intentes
con afán recogerlas,
no encontrarás alguna,
que aprovecharte pueda.

A un pajarillo

¡Oh tierno pajarillo,
no tengas, no, cuidado
ni tampoco te asustes
por verte entre sus manos,

porque ese cautiverio,
si lo juzgas amargo,
otros lo apetecieran
por premio a sus trabajos!

¡Así el Cielo quisiera
quitarle el gesto humano
y, transformado en ave,
entregarme a quien amo!

Si sus dedos hermosos
me apretaran, ufano
despreciara del mundo
las riquezas y faustos.

Si acaso me soltara,
iría revolando
en tomo de su pecho,
donde haría descanso.

Allí me detendría
su blancura admirando,
o, atrevido, tocara
con mi pico sus labios.

¡Cuánto mejor es esto
que buscar por los campos,
a costa de mil riesgos,
de las mieses los granos!

Allí los cazadores
os están acechando
y al rigor de su astucia
perecéis como incautos.

Mas tú escuchar no quieres
estos consejos sabios
y anhelas con ahínco
abandonar su lado.

Pues el Cielo permita
que, el nido derribando,
en sus manos te coja
algún crüel muchacho,

que ate a tu pierna un hilo

y que de él tire, cuando
quieras dar algún vuelo,
riendo de tu daño.

Y que, después que te halles
medio perniquebrado,
te entreguen por juguete
a las uñas de un gato,

porque aguantar no quieres
por un tan breve espacio
de unos dedos tan bellos
el delicioso tacto.

La doncella aldeana

¡Qué linda que parece
la rústica doncella
con la saya de paño,
mantilla de bayeta,

un sombrero de paja
cubriendo su cabeza,
y a su redondo pecho
un pañuelo de seda...

Su anchurosa garganta
rodeada de perlas,
y muchos relicarios
que con gracia le cuelgan.

Sus cabellos cogidos
con una gran peineta
de plata y una cinta
de colores diversas.

La camisa más blanca
que la nieve y en ella
mil flores, mil dibujos
formados con destreza!

De esta suerte adornada,
y llena de modestia,
que a veces su semblante

se enciende y colorea,

porque alguno la mira
más de lo que debiera,
o porque ante las gentes
sin rubor la requiebran,

es mejor a mis ojos
que todas las bellezas
que en medio de la corte
su vanidad ostentan.

La primavera

(A un amigo)

La dulce Primavera,
coronada de rosas,
al perezoso Invierno
hacia la Escitia arroja.

Las máquinas arrastran
las naves españolas,
que seguras caminan
por medio de las ondas.

Deja el cerrado aprisco
la oveja baladora,
y el labrador las ascuas
y la pajiza choza.

La sierra de Granada
con la estación hermosa
recoge el blanco velo
que su frente corona.

Brotan los verdes troncos,
el campo se alboroz
con danzas, con cantares,
y la avena sonora.

Arrojemos, Fernando,
las míseras congojas
y gocemos del gusto

que el tiempo proporciona.

Ciñamos nuestras frentes
con las flores graciosas
que el hielo ha desatado
y dan al aire aromas.

El Cielo con su giro
arrebata las horas
y a todos hace iguales
la Muerte destructora.

Pues mientras se avecina,
en tu vihuela toca
y celebra las gracias
de mi tierna pastora.

Que yo pienso entretanto
apurar esta bota,
o pasarla a sus labios
desde mi propia boca.

Y cuando ya en sus ojos
el fuego se conozca
del vino, que ha bebido,
de la algazara y broma,

haremos que su planta
la tierra hiera airosa
al compás de tus cuerdas
con mudanzas donosas:

Que nuestra edad lo exige,
la estación es la propia,
el sitio nos convida
y el dulce Amor lo abona.

Tristeza en la ausencia

¡La noche cuán serena
camina por el cielo,
e impone a los mortales
un augusto silencio!

Los astros, repartidos
por todo el firmamento,
con variedad hermosa
ostentan sus destellos.

Las flores delicadas
espiran un aliento
aromático, puro,
que causa gran consuelo.

El aire suave orea
los troncos corpulentos,
revolviendo las hojas
con dulce movimiento.

¡Cómo convida todo
a un regalado sueño
que haga olvidar las penas,
que atraiga los contentos!

Mas lejos de tu vista
no se bañan los cercos
de estos cansados ojos
con opio ni beleño

sino con abundantes
lágrimas, que mi pecho
envía, porque tanto
penar los tiene secos.

A Drusila

¿Por qué cuentas tus años,
Drusila, tantas veces?
Los futuros no existen,
los pasados no vuelven.

Si volaron las gracias
de la edad inocente,
aún brilla tu cabello
sobre las tersas sienas.

Es otra tu hermosura,
porque en ella se advierte

actividad que atrae,
dulzura que detiene.

No eres niña que ignora
si es bueno lo que quiere,
ni tampoco apagado
el fuego de amor tienes.

Tus años son los propios
para gozar placeres,
pues no llegan a treinta
y pasan de los veinte.

En esta edad el pecho
con más ardor se enciende,
se sabe que es cariño
porque mejor se siente.

La Cipria a manos llenas
sobre nosotros vierte
los gustos más continuos,
más llenos los deleites.

Y así deja a los años,
que se van y se vienen,
porque sólo se goza
el instante presente.

De mí mismo

¡Cuántas veces he roto
aquellos mamotretos,
en donde conservaba
mis mal forjados versos,

porque me figuraba
que en boca de un guerrero
disuenan las ternezas,
fastidian los requiebros!

Pero entonces la Musa,
juntando con empeño
los trozos esparcidos
acá y allá en el suelo,

me decía enojada:
¿Quién te ha dicho que el pecho,
en donde yo resido,
es débil, sin aliento?

Díganlo por mí Ercilla,
Mendoza, Rebolledo,
Garcilaso y Cadalso,
honor de los modernos.

Los unos sus laureles
con mirto entretejieron
y los otros con sangre
sellaron sus trofeos.

Las almas apagadas,
los cuerpos como hielo
no sirven para Marte,
no son gratos a Venus,

ni en el Parnaso encuentran
el más humilde asiento
pues el Dios que allí manda
es todo luz y fuego.

Así toma la pluma,
continúa escribiendo,
que la trompa y la lira
saben sonar de acuerdo.

A su voz no resisto,
su mandato obedezco,
tomo la pluma y sólo
me inspira el pecho versos.

A unas lágrimas

Corred, lágrimas tristes,
al Cardoner, que espero
os acoja benigno
en su líquido seno.
Seguid su raudo curso,
entrad en el mar fiero.

No os espantéis, llegando,
de su horrísono estruendo.
No los montes de espuma,
que eleva el firmamento,
no náufragos y tablas,
no mástiles derechos
tímidas os detengan.

Mas antes por enmedio
de su torrente abríos
el paso con esfuerzo,
buscad la rica Gades,
y en su espacioso puerto
descansad del camino,
paraos un momento.

Y, cuando de sus cuevas
viereis salir rugiendo
al Bóreas proceloso,
en polvo y agua envuelto,
levantaos unidas
con los vapores densos,
que saca el Sol, formando
mil nubes por el viento.

Volad de él impelidas,
al Guadalete ameno
y en lluvia desatadas
caed con blando riego
bañando el rostro hermoso
de Ina, mi dulce dueño,
humedeced sus labios
con repetidos besos.

Si a más lográis mezclaros
con la suyas, ¡oh cielos,
por tantas dichas juntas
qué envidia he de teneros!

Del amor

Las ninfas por vengarse
del muchacho de Venus,

cuando incauto dormía
ansiosas le prendieron:

Cual ata con guirnaldas
su delicado cuerpo,
cual a un tronco le amarra,
cual le echa un lazo al cuello,

cual hace mil pedazos
sus arpones tremendos
y cual le arroja flores,
diciéndole denuestos.

Mas él se burla y ríe
y con dulce gracejo
exclama: Bobas, bobas,
¿qué pretendéis con esto?

Yo soy sólo la imagen
que retrata el espejo.
El amor, que la causa,
existe en vuestros pechos:

Nace cuando vosotras,
se aumenta al mismo tiempo,
y sólo con los años
viene su fuerza a menos.

Y así, en tanto que bulle
la juventud, es necio
quien sujetar pretende
el amoroso fuego.

De una niña y el amor

La graciosa Conchita
vio a Cupido pintado,
y a Venus con la flecha
su vida amenazando.

A vista de su riesgo
y triste desamparo
de sus hermosos ojos
las lágrimas saltaron.

Va en busca de su madre,
se arroja en su regazo,
haciendo mil preguntas
sobre el lindo muchacho.

Acerca la pintura
a sus rosados labios
y al Dios con tiernos besos
procura consolarlo.

Mas su madre le dice:
Hija, no llegues tanto
a tu pecho esa imagen,
si quieres verle sano.

Pues ése, que tú ahora
miras con tal agrado,
será a tu vista un monstruo
cuando tengas más años.

Entre flores se oculta
y es tal su negro engaño
que a los que en él confían
devora de contado.

Deja, deja la imagen
y evita sus halagos,
que sólo de él se libra
quien no quiere escucharlo.

A Venus

¿Cómo se ha de apartar de mi memoria,
oh Venus soberana,
la completa victoria
que tuvo por tu medio el pecho mío,
haciendo tan humana,
rindiendo a mi albedrío
la hermosa Silvia, Silvia a quien adoro,
gloria del sexo, del amor decoro?

Ni aquella deliciosa madrugada,
que estando recostada

sobre un gracioso lecho,
que al lado de una fuente
el prado con sus hierbas ofrecía,
dando latidos su redondo pecho,
espirando sus labios dulcemente,
con ayes me decía:

Feniso, ¡cuán en vano
son esos tus temores!
Tú encontrarás tal vez otras amantes
de facciones mejores,
que aumenten tus placeres por instantes,
que halaguen tu deseo:
pero que más te quieran, no lo creo.

Oh Diosa, tú que sabes
lo que es un amor puro,
haz que no tenga al corazón perjuro,
que apruebe las süaves
palabras que salieron de su boca.
Inspíraselo tú, que eso te toca.

Mas no creo que falte a lo jurado,
pues en aquel momento
en que apuré la copa del contento,
estabas a su lado.

Todos sus movimientos animabas,
y tan cerca mostrabas
tu fuego penetrante,
que sus ojos, de tanta luz heridos,
estaban desmayados y adormidos.

Y aun su trémula voz, su voz amante
era entonces guiada
por la tuya insinuante y delicada,
de suerte que al mirarla conocía
que en su pecho de Venus la ternura
tan sólo residía.

Si logra tu favor esa hermosura,
y si amas a los dos con tal extremo
ya me juzgo dichoso, nada temo.

A Cupido

Apaga [la hacha] ardiente,
muchacho veleidoso.
Rompe al instante el arco poderoso,
y las flechas agudas, con que herías
a todos fieramente
y con las que abatías
al que de tu potencia se burlaba.

Esa venda, esas alas, esa aljaba,
¡qué bien que te caían! Tu hermosura
con ellos ¡qué realce no tomaba
en los dichosos días,
que era dulce tu ardor, tu risa pura,
süaves tus cadenas!
Mas ahora todo es llanto, todo penas.

Silvia, que con semblante
hermoso y halagüeño
mantiene un corazón como el diamante,
sedujo el mío con amante empeño,
pero de tal manera
que no era el mismo que otros tiempos era,
pues fue tal su atractivo,
que me vi más que amante su cautivo.

A Silvia hallaba yo por donde quiera:
en la mesa, en la calle, en el paseo.
Como si allí estuviera
solía presentármela el deseo.
Cuando al lecho llegaba,
la imagen de mi Silvia me asaltaba.

Al sueño al fin cedía
y a Silvia en él veía
y al despertar con Silvia me encontraba.
Silvia era todo cuanto
a percibir llegaban mis sentidos.

Y esta Silvia, olvidada de mi llanto,
de mis tiernos gemidos,
cual viento se ha mudado
y de mi amor ardiente se ha cansado.
Las olorosas flores, que tejieron
los dedos de tu Madre, rotas fueron.

Ajadas y esparcidas
las he visto por esas mismas manos
hermosas y atrevidas,
que para destrucción de los humanos
fueron dulce depósito del fuego,
que ablanda mucho más que el mayor ruego.

De cuanto tú dejaste, nada existe.
Silvia lo destrozó, no más tu imperio.
¡Feliz el que resiste
tan duro cautiverio
y, huyendo de tu trato fraudulento,
la amable libertad goza contento!

A un clavel

Encendido clavel, clavel hermoso,
más que todas las flores oloroso,
pues tus hojas con pompa desplegando
llenas el aura de un olor tan blando
y tan puro, que al hombre le mitigas
en parte sus pesares y fatigas.

Tú, que honras el verano, con él vienes,
que anuncias con tu vista tantos bienes,
adornas los jardines y las salas.
Retozas en el pelo y en las galas
de las graciosas ninfas y, al fin, eres
testigo fiel de todos sus placeres.

¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Qué te aflige?
Ya lo veo. Bien claro se colige.

Tú vienes a mi mano con despecho
porque antes, colocado en aquel pecho,
donde Venus anida su hermosura,
en medio de su fuego y su blancura
gozabas de un deleite no explicado,
y eras de los amantes envidiado.

Y sientes que te arrojen de su seno
cuando de él disfrutabas más sereno.
Si es esto, no desmayes, ven conmigo,

porque la misma suerte que tú sigo,
que también ese pecho poseía,
y por feliz me tuve en algún día.

Y ahora, de mi trono repelido,
me angustia el pensar sólo lo que he sido.
Ven, y en mi corazón, clavel, reposa.
Séame tu fragancia deliciosa
y pues el mismo sinsabor tenemos,
mutuamente los dos nos consolemos.

La venida de la primavera

(A Merina)

El Invierno enojoso,
de nubes rodeado,
marchóse presuroso
a ejercer su rigor al Norte helado.

En tanto se presenta
la dulce precursora del verano,
derramando mil flores
con generosa mano,
que embalsaman el aire con olores.

Los céfiros süaves,
libres y exentos de las nieblas graves,
en tomo la rodean,
halagan y recrean
los pechos aquejados.

Los arroyos, que atados
con prisiones de hielo
no podían regar el verde suelo,
ahora sueltos del monte
con risa bulliciosa se despeñan.

Corren serpenteando

por el ameno valle y van regando
las plantas a porfía.
Renace la alegría
del rústico, que en la era

espesas haces hacinar espera.

Los troncos corpulentos,
que resistieron con vigor constante
a los bravosos vientos,
con risueño semblante
al Cielo elevan sus crecidas ramas,
cubriéndolas con hojas al instante.

Los pájaros canoros
forman diversos coros,
canciones entonando,
ora en los verdes ramos escondidos,
ora al aire esparcidos
acá y allá con gracia revolando.

El Sol se muestra claro y luminoso,
ni ofende con sus rayos
cual suele en el Estío,
ni escasea sus luces perezoso
como cuando a la tierra oprime el frío.

¡Oh dulce Primavera!
¡Oh juventud del año! Persevera
entre nosotros siempre.

Detén el veloz paso.
Mas ¡ay! que extiendes las purpúreas alas,
sin querer hacer caso
de mi amoroso ruego
y de mis ojos, ¡ay!, te alejas luego.

¿Temes que te marchite la hermosura
el seco Estío con su ardiente fuego?
¿Temes perder al verle tu frescura?
¿Que se sequen tus labios olorosos?

Pues vete, que no quiero
que sientas los ardores rigurosos
del tiempo venidero.
Huye, sí, huye, tus pasos acelera,
que un amargo dolor me causa el verte,
porque eres verdadera
imagen de mi suerte.

Pues cuando contemplaba

a mi dulce Nerina
más amorosa y fina
y que el tierno Cupido se esmeraba
en derramar sus gustos indecibles
sobre dos corazones tan sensibles,

se ausentó de mi vista y he quedado
cual suele el caminante en noche oscura
al verse deslumbrado
de un relámpago activo no esperado,
que, lleno de amargura,
con ansia espera que se acerque el día.

Así mi amante pecho,
en lágrimas deshecho,
de continuo a los ojos las envía,
hasta que los aclare la luz mía.

Dichas soñadas

En la margen florida
del sacro Rey de ríos, Betis claro,
me encontré con un bosque delicioso.

La rama entretejida
de los rayos del Sol era reparo,
y lo hacía tan fresco como umbroso.

Convidóme al reposo
su augusta soledad, su dulce calma,
que de placeres inundando el alma,
parece que en silencio me decía
que en su ámbito hallaría
lo que con vivas ansias deseaba
y en la yerba mi cuerpo reclinaba.

Cuando del centro espeso
veo venir a Venus, rodéada
de infinitos Cupidos retozones,
[c]ual con vuelo travieso
su crencha agita al viento encomendada,
cual va tirando en derredor arpones,
cual prepara prisiones
de lirio, rosa y arrayán floridos,

cual corre persiguiendo divertido
las siempre revolantes mariposas
y cual con oficiosas
manos el carro del coral marino
dirige por el aire cristalino.

Al arrullo lascivo
de las blancas palomas, que conducen
a la Madre inmortal de la hermosura,
en mi pecho percibo
mil ansias, que sus ecos me producen,
llenando mis sentidos de amargura.
Entonces, con dulzura
asiéndome la mano Citerea,
con ósculos süaves me recrea
y me afirma que viene solamente
para que experimente
hasta dónde su amor llega conmigo.

Y ven, me dice, ven. Callo y la sigo.

Penetro la espesura
y un nuevo encanto ofréceme el sentido
en una hermosa gruta, fabricada
con tan extraña hechura,
que no la iguala aquella donde Dido
vio su fe conyugal rota y manchada
ni la tan celebrada
de la Diosa Calipso, pues excede
a cuanto el labio humano decir puede.

Yerbas, flores, maderas olorosas,
y todas cuantas cosas
tiene Natura de más precio estaban
en la gruta y sin orden se mezclaban.

De esto mismo nacía
una cierta belleza inimitable,
que la vista y agrado variaba.

El Sol no se atrevía
a introducir sus luces, ni era dable,
que una süave obscuridad reinaba.
Atento lo miraba
cuando advierto salir del hondo de ella
mi dulce lumbre, mi radiante estrella

dando a las flores y a las plantas vida.
No tan bien recibida
es la Aurora tras la noche tenebrosa
como de mí lo fue mi Lesbia hermosa.

Con los brazos le hubiera
mostrado mi placer, pero mi anhelo
contuve por respeto de la Diosa.
Al fin de esta manera
mi afán le dije, libre de recelo:

Mármol de Paros, purpurada rosa,
esencia deliciosa,
aljófar nacarado, rubí ardiente,
cercos preciosos de ébano luciente,
rayos vibrantes, gracia seductora,
mi vida, mi Señora,
solamente se llena mi deseo
cuando a mi lado y con amor os veo.

La vista vergonzosa
alzó, miróme; mas la voz turbada
no la dejó expresar su sentimiento.
Conociólo la Diosa
y a la gruta llevónos preparada
para acabar allí nuestro tormento.

Al punto por el viento
los Cupidos cruzaron revolando,
hacia la estancia del placer guiando.

Abriéronse de par en par las puertas
de flores mil cubiertas,
y, en su recinto penetrando ufano,
conduje a Lesbia asida de la mano.

Las Gracias desceñidas,
y de obscuras violas coronadas,
estaban afanosas trabajando,
con almohadas mullidas,
finos encajes, telas delicadas
un tálamo nupcial aderezando:
y cual rocío blando
encima derramaban con aseo
el sudor de Pancaya y el sabeo,
y del Hibla las flores olorosas

quedaron silenciosas,
esperando los dulces desposados
y de su afán nosotros admirados.

Cuando acercarse veo
con pie ligero un joven agraciado,
cual nunca presentóseme a la mente,
el alado Himeneo,
con el rubio cabello destrenzado:
y en la mano una antorcha reluciente
ardiendo dulcemente.

Y cuando en derredor la sacudía
tal fragancia en la gruta se esparcía,
que el sentido en amor se embriagaba.
Lesbia lo contemplaba
con alma absorta, pecho palpitante
y cubierto de rosas su semblante.

El mancebo gracioso
las manos nos unió. Basta, nos dijo,
respiren vuestros tiernos corazones,
porque un fin delicioso
con mis coyundas al afán prefijo,
que os causan las amantes sensaciones.
Echad los eslabones,
Cupidos, y cerrad las recias puertas.

No para el vulgo vil queden abiertas,
que ve mis santos ritos con sonrisa;
y caminad aprisa
a detener a Febo, que no es justo
nos venga a interrumpir su ceño adusto.

Salieron los Cupidos
y, revolviendo el eje poderoso,
las puertas al cerrarse resonaron.
Mis miembros, sacudidos
con el golpe, perdieron el reposo,
y mis cansados ojos despertaron.

El lecho rodearon,
y ya nada encontré de cuanto había.
Así suele mi ardiente fantasía
presentarme los gustos con empeño,
y cual ligero sueño

huirse de mi vista acelerados.

¡Ay, gustos, para mí siempre soñados!

A don Francisco Javier Venegas de Saavedra

Venegas ¿de qué sirve con afanes
seguir a Marte fiero,
ver ondear al céfiro ligero
del monarca español los tafetanes
relumbrar los fusiles
y arder los campeones como Aquiles?

La juventud, que el Cielo siempre justo
adornó de mil dones,
¿ha de ser desgastada entre legiones
y mirando al Furor con rostro adusto
cuando se ensoberbece
y a sus gritos la tierra se estremece?

El rumor del combate denodado,
el cañón horroroso,
el bridón de la Bética fogoso,
que relincha, la rabia del soldado,
y las duras espadas
¿han de ocupar su mente y sus miradas?

¿Por un aplauso vano o por la fama,
cosas todas de viento,
hemos de abandonar aquel contento
y aquellos dulces gustos que derrama
sobre nuestras cabezas
la Diosa tutelar de las bellezas?

No, Venegas. Mi Amira y tu Belisa
con semblante halagüeño
nos convidan a huir tan fiero ceño,
y a buscar con ardor su dulce risa,
que en sus labios hermosos
hallaremos combates más graciosos.

A Belisa

Belisa, ¡cuán hermoso es ver
de rubias mieses coronado
un terreno espacioso,
de arbustos rodeado,
y flores olorosas esmaltado!

¡Cuán dulce el arroyuelo,
que con curso apacible retorcido
riega el ameno suelo,
y, halagando el oído,
convida al sueño con su lento ruido!

¡Cuán gracioso parece
el pájaro en el árbol ir saltando
que en la rama se mece
y que está requebrando
a su amada canciones entonando!

¡Cuán grato es ver hinchadas
las velas de un convoy muy numeroso
y que las aceradas
proas al mar furioso
dividen con un surco prodigioso!

Pero más lisonjero
que el campo, que el arroyo, más que el ave,
más que el convoy ligero,
y a mi alma más süave,
es gozar de tu pedio, que amar sabe.

Y en tus brazos preciosos
hallar todos los gustos reúnidos,
esos gustos sabrosos,
y tan apetecidos,
que adormecen al punto los sentidos.

El lujo

(A don Juan Pablo Riquelme)

Riquelme, ¿cómo quieres
que nuestra juventud, debilitada
con índicos placeres,

se presente a la lid con frente alzada,
ni que sea domada
la bélica osadía
del bruto corredor, que el Betis cría?

El grave arnés no puede
sostenerse en sus hombros vacilantes.
La débil mano cede
al peso de las armas fulminantes.
Cargada de diamantes
y asiáticos olores,
tiembla y desmaya al son de los tambores.

Los que hasta el Capitolio
con su constancia estremecer hicieron,
los que un eterno solio
sobre montes de cuerpos construyeron,
los que al fin deshicieron
la bárbara cadena,
labrada por la furia sarracena,

con seda relumbrante
sus vigorosos miembros no adornaban,
ni de tierra distante
con su riqueza al lujo convidaban,
porque sólo brillaban
con mucha más belleza
en ellos la virtud y fortaleza.

Sus mesas no se vieron
de tabasca pimienta salpicadas
ni jamás trascendieron
con maluco giroflé, que ignoradas
eran las celebradas
salsas con que el dinero
y el cuerpo nos consume el extranjero.

Tampoco la olorosa
canela de Celián se introducía
en la pasta sabrosa
del árbol caraqueño como hoy día.

Nada, pues, se sabía
de estos frutos, que han sido
los que nuestra salud han destruido.
Su estómago robusto

con jugoso jamón se contentaba;
el ajo daba el gusto
y la sana cebolla lo excitaba.

Su sed se apaciguaba
con un tan virgen vino
como el que para sí Noé previno.
Mas nosotros, perdido

todo el vigor y el ánimo apagado
(que otro tiempo encendido
un mundo a nuestros pies puso postrado),
veremos destrozado
con duro desconsuelo
por manos más robustas nuestro suelo.

¡Ay Dios! No permitamos
que la patria se vea de esta suerte.
Con ardor destruyamos
la vil gula, que enerva el pecho fuerte,
y lancemos la Muerte
allende de los mares,
volviendo a nuestros rústicos manjares.

*A la abertura de una Sociedad de Amigos para aprehender la historia de España en
Jerez de la Frontera*

¡Ay! Si Apolo me hubiera
la cítara lesbiana concedido
y en el pecho sintiera
hervir con llama ardiente
el pítico furor, ¡cuán atrevido
con descubierta frente
mi débil voz alzara
para que en ambos polos resonara!

Y, esforzando el acento,
el eco hasta el Olimpo llegaría.

Dejara el sacro asiento
por escuchar mis sonos
el coro de los dioses y de alegría
bañadas sus mansiones,
y todos admirados

de versos de un mortal al Cielo alzados.

Cantara cómo, unida
cual bélico escuadrón esta asamblea,
ha dejado vencida
a la osada Ignorancia,
que llena de furor gime y pateo,
queriendo con instancia
traspasar estas puertas,
que para tantos sabios mira abiertas.

Y cómo, descendiendo
Minerva de la cumbre del Parnaso,
y un sordo ruido haciendo
con su fuerte armadura
al tiempo de moverse, agita el paso,
y con pujanza dura
quebranta su fiereza,
humillando a sus plantas su cabeza.

Esparce por la sala
un olor de ambrosía, que conforta
el ánimo y regala.

Al estudio, a la ciencia
a todos sus alumnos los exhorta
con férvida elocuencia,
al rayo semejante,
que cuanto toca abrasa en el instante.

Se encamina cual viento
al palacio del Tiempo codicioso.
Impele con el cuento
de su robusta lanza
las puertas y su quicio poderoso,
y descubre la estancia
de las preciosidades,
que su dueño ha robado a las edades.

Aquí, hijos generosos
de Asta-Regia, tenéis, dice la Diosa,
los hechos más gloriosos
de vuestro patrio nido,
que en polvo infame, en noche tenebrosa
los ha el Tiempo sumido,
porque sabe que el Hado

librarlos de su acero ha decretado.
Con diligente mano
arracad de las suyas un tesoro
tan rico y soberano.

Libre de la carcoma
haced que resplandezca como el oro,
que ya el día se asoma,
en que adore a la España
cuanto Febo calienta, la mar baña.

Y en tanto que se llega
este precioso tiempo, que adivino,
que sus alas despliega
la voladora Fama,
la trompa al labio aplica, y son divino
por el orbe derrama
en prez, en alabanza
de nación, que renombre tal alcanza.

Descubrid quiénes fueron
los que, de su hermosura enamorados,
primero aquí vinieron:

Si fue el Celta aterido,
los de Tiro al comercio dedicados,
o el Griego fementido
después de aquella guerra,
que a la opulenta Troya puso en tierra.

De la falsa Cartago,
de la soberbia Roma los ardides,
el mentiroso halago
al mundo haced patentes.
Mas también referid las fieras lides,
los combates frecüentes,
que sufrieron primero
que echasen la cadena al fuerte Ibero.

A Sagunto y Numancia
veo arrollar inmensos escuadrones.
¡Ay! ¡qué heroica constancia!
¡Qué horrible vocería
sube al Cielo! ¡Qué ardientes campeones!
¿El humo cubre el día?
Sí: libertad amada

quema sus muros, las reduce a nada.

Decid cómo inundaron
enjambres de naciones esta tierra,
que los Godos llegaron,
por su faz se extendieron,
y después los alumnos de la Guerra
con ímpetu salieron
de su arenal ardiente
a sojuzgar la Reina del Poniente.

¡Cuánta dura fatiga,
cuánto amargo dolor se presentaba
al de fuerte loriga,
al de arnés tresdoblado,
al que pica o la espada manejaba!
En su sangre bañado
continuo se veía
y en la lid le encontraba siempre el día.

Hasta que el gran Fernando,
las barras y castillos reuniendo,
y el poder quebrantando
del Africano duro,
fue a la España feraz restituyendo
aquel resplandor puro,
que tanto enamoraba
al que su rostro atento contemplaba.

Ciencias y Artes serenas
a la sombra del trono se sentaron.
Derramó a manos llenas
sus frutos Amaltea.
Los hechos del Hispano traspasaron
a toda humana idea,
y aun siendo tan fecundo
su suelo, estrecho en él, buscó otro mundo.

Mil mares sujetados,
potencias derrocadas por el suelo,
monarcas aherrojados
hicieron que la Gloria
lo llevase a su templo con anhelo
para eterna memoria.
La Europa retemblara
y la Envidia sus dientes aguzara.

¡Ay! Nada en un ser dura.
Al león de la España no vencido
vence una calentura,
y la horrorosa Muerte
le va ya a sepultar en el olvido.

Echada está la suerte...
mas no, que el Cielo justo
restaura su salud, le borra el susto.
Levántase y respira,
siente aumentar su fuerza y se envanece.
La vista en torno gira,
ve que bajo su planta
el árbol sacro de la Gloria crece,
y al éter se levanta
y de suerte se alienta,
que con su antiguo orgullo se presenta.

Sí, la España camina
a su dicha con paso agigantado.
Mi espíritu adivina
su gloria venidera...
Y vosotros, que habéis hoy empezado
tan plausible carrera,
tejed a esa matrona
para su hermosa frente la corona.

No el lauro se confía
al que de la lid fiera se retrae,
sino a aquel que porfía
por alcanzar victoria,
que el ánimo esforzado no decae.

Y así seguid, la Historia
estudiad con instancia,
sus lecciones tomad, tened constancia.

Oda I

¡Feliz aquel, que lejos de cuidados,
y pleitos enfadosos,
aborrece los ecos horrorosos
de la trompa, que anima a los soldados,

y con sencillo pecho
nunca quiere moverse de su lecho!

¡Que detesta los puestos, los honores,
y la gloria mundana.
Que por nada se agita, ni se afana,
ni le cuesta pesares, ni sudores
y como caballero
es en todas las cosas el postrero!

¡Que en su silla-poltrona con cuidado,
y despacio se sienta,
alza los ojos y las vigas cuenta,
los brazos pone en uno y otro lado,
inclina la cabeza,
estornuda, se estira y se espereza!

¡Que no tiene cuidado en si es estío,
invierno o primavera,
si el cielo con relámpagos se altera
o se apocan las gentes con el frío,
pues mientras truena o llueve
come, bosteza, duerme y no se mueve!

¡Ni de Tiro la grana, ni de Oriente
las perlas delicadas,
ni las telas de Flandes afamadas
mueven su corazón, llenan su mente,
porque son sus vestidos
chinelas, bata y gorro envejecidos!

¡Que si comienza a hablar, no finaliza
y si callar le toca,
no abrirá nunca su cerrada boca,
aunque vuelvan sus miembros en ceniza,
y amante de su suerte
ni le importa la vida, ni la muerte!

¡Pero más feliz aún y venturoso,
oh tú, que has emprendido
recoger ese gremio esclarecido
de Posmas en un cuerpo numeroso,

señalando coronas
y empleos a sus almas dormilonas!

Tú, cuyo imperio ilustre y dilatado
a todo el orbe abarca,
siendo muy débil el mayor monarca
a tu gran poderío comparado,
porque tu reino encierra
los hombres más pesados de la tierra.

Escucha este mi canto, que humillado
ahora te presento,
pues yo que sea de tu gusto cuento
por lo mucho que tiene de pesado.
Que si agrada a tu oído,
me tendré por premiado y complacido.

Oda II

Descanso pide con ferviente voto
el laso marinero
en el golfo de Yeguas, donde fiero
azota el mar y brama el negro Noto,
cuando la nube espesa
entre el cielo y la nave se atraviesa.

Descanso pide el duro Moscovita,
de matar fatigado.
Suspira el Turco, de Izmaíl echado,
por el paterno techo, donde habita
cuando la odiosa guerra
en la morada de Plutón se encierra.

Piden descanso, que no compra el oro,
ni las piedras preciosas.
Que no vive en las mesas suntuosas,
bajo rico artesón de sabio Moro,
por los jaspes lucientes,
ni entre la turba vil de los sirvientes.

No el hinchado portero, ni el escudo
con arte timbreado
la entrada impiden al crüel cuidado,
que busca los palacios a menudo
y por sus salas gira,
donde el pincel y el múrice se admira.

Es el tiempo fugaz y gran locura
gastar sus breves horas
entre las tempestades tronadoras.
Pues no arredra al pesar la inmensa altura
del vaso de tres puentes,
ni el furor de las tropas impacientes.

Hasta en la choza pastoril se sienta,
en los pechos se infunde,
al pobre, al rico, todo lo confunde,
ni con edad ni sexo tiene cuenta.
Sólo en tu regimiento
no ha podido encontrar acogimiento.

Sobre un mórbido lecho recostado,
en la holanda sumido,
derramados los brazos, extendido
el cuerpo, con sopor desmadejado
por nada se contrista
el héroe que una vez en él se alista.

Dormir a pierna suelta con sosiego
son sus evoluciones,
atronar con ronquidos los salones
el ejercicio general de fuego.
Su volar tras la fama
pasar días enteros en la cama.

No voltean las penas enojosas
en tomo su cabeza.
Aquí se halla en su trono la pereza,
porque están las pasiones tan ociosas,
que sus tardos sentidos
no son por cosa humana conmovidos.

Venga, pues, el guerrero ensangrentado,
el mercader sediento,
el palaciego astuto aquí al momento,
y verán el descanso suspirado
en una alcoba oscura,
donde el ruido jamás entrar procura.

Vengan, pues, y tú, jefe esclarecido,
hazles ver que la trompa,
y el estéril laurel y el oro y pompa
no pueden producir gusto cumplido,

pues la paz verdadera
sólo se encuentra bajo tu bandera.

Imprecación contra la guerra

(A don Fernando Cagigal)

Cuando miro, Fernando, congregadas
las huestes sobre el llano, que tremolan
las bélicas banderas, que el infante
aprieta en la robusta mano el arma,
que el jinete impaciente arde y suspira
por aflojar la rienda al bridón suelto,
que tascando el bocado se consume
y que por otra parte los cañones
estremecen los montes convecinos,
cuando veo por fin saltar ligera
a la Muerte feroz sobre su carro,
y resonar sus ruedas pavorosas
sobre nuestras cabezas arrastrando
tras sí sus espantosos compañeros,
el pálido Temor, la no saciable

Mortandad, los relámpagos, el trueno,
y que, empuñando en la derecha el hierro
y el fuego en la otra mano, se salpica
el eje con la sangre de los hombres,
y su carro se cubre de ceniza
de las obras y esfuerzos de las Artes,
que el Tiempo mismo respetado había,
cuando encuentro la Guerra en sus estragos,
cuando contemplo a César coronado
de sangrientos laureles y que el triunfo
de Aníbal, de Escipión, del grande Tito
sobre fuego, sobre humo, sobre nada
se eleva y engrandece, me enardezco
y de lo hondo del pecho saco fuera
estas palabras, en furor envueltas:

Maldito una y mil veces el primero
que, destrozando las sagradas leyes
de la naturaleza, quiso osado
elear su cabeza con orgullo
sobre todos los otros sus iguales,

y, deshaciendo los estrechos lazos
con que estaban los hombres reünidos,
dio a la Discordia entrada y a la Guerra
revistió con el traje de la Gloria,
para que, deslumbrados los mortales,
por Diosa del honor le diesen culto.

Maldito, digo, quien así del Orbe
desterró para siempre la Paz dulce,
la Paz único bien, que el hombre debe
estrechar en su seno y con su boca
cubrir de ardientes amorosos besos.
Maldito, vuelvo a repetir airado,
su nombre horrible. Para siempre sea
cubierto de ignominia o confundido
en los abismos hondos del Averno.

A la batalla de Trullás

¡Ay! veo renovar sobre la tierra
el audaz ardimiento,
con que osaron subir al firmamento
los gigantes, haciendo a Jove guerra,
en sus brazos fiados,
y en los montes con ellos arrancados.

Hay, pues, otros Encélados sañosos,
que arrojen troncos duros
con mano impía a los celestes muros.
Hay otros Alcioneos poderosos,
cuya sangre vertida
les dé nuevo vigor y nueva vida.

Y Porfirios disformes y Mimantes,
y Giges Y Tifeos,
de un ardor indomable en sus deseos
más llenos de tesón, más arrogantes.
Mas nunca el Furor puso
como en el Cielo aquí temor confuso.

No como aquellos Dioses, que, oprimidos
del terrígeno asalto,
dejaron su mansión con sobresalto
en muy distintas formas convertidos,

el hispano constante
o mudanza o pavor muestra un instante.

Cual la ñudosa encina, ya arraigada
en un agrio repecho,
que la hacha aguda ni el robusto pecho
logran verla en el suelo derribada,
pues siempre, siempre crece
y a pesar de los golpes reflorece,

resiste el impetuoso ataque horrendo
del galo en las trincheras,
detiene su furor y sus banderas
valiente arrolla y el cañón tremendo
en la alta cumbre suena,
y sus haces persigue y desordena.

Retírase el francés pero, cobrando
de su misma caída
mayor orgullo, su destrozo olvida,
y en contra vuelve del iberio bando,
sus huestes le presenta,
y aunque ya sin vigor ánimo ostenta.

Segunda vez atruena el bronce herido
los montes cavernosos,
levántanse clamores horrorosos,
mézclase el vencedor con el vencido
y la Muerte cansada
desea que se envaine ya la espada.

Como cuando las nubes, congregadas
en la región del viento,
obscorecen el claro firmamento
y, en rápidos torrentes desatadas,
anegan el sembrado,
la mies ahogan, matan el ganado.

Mas, del norte con ímpetu saliendo
el Aquilón furioso,
el escuadrón deshace proceloso,
despeja el Cielo, que otra vez riendo
su luz al suelo envía,
renace el gusto, vuelve la alegría...

Oh llanos de Trullás, decid, si acaso

Ricardos de otra suerte
arrastró al hierro duro de la muerte
al galo altivo, de consejo escaso,
sin saber cuál más parte
tuvo en su corazón Palas o Marte.

O si los maratónicos campos fueron
en más sangre empapados,
si más valor mostraron los soldados
que en Salamina a Jerjes destruyeron
o si acaso retumba
con más ecos de triunfo el val de Otumba.

Como ellos españoles, como aquellos
que a Roma consternaron,
en sus mismas ciudades se abrasaron
y el yugo sacudieron de sus cuellos,
venciendo al africano,
muestran que no hay valor como el hispano.

Del fuerte el fuerte nace, en el novillo
que mantiene el Jarama,
y libre en su espaciosa orilla brama,
y en el gracioso juguetón potrillo
se ve la fortaleza
que a sus padres prestó Naturaleza.

¿Cuándo engendraron águila rapante,
ni lobo carnívoros
mansa paloma, tímido cordero?
Pues tan difícil es, tan repugnante,
que de español osado
nazca un hombre cobarde y desmayado.

Sobre todo decid cómo, sonando
el clarín belicoso,
sale el caballo bético fogoso,
obedeciendo el poderoso mando,
y ardiendo en ira luego
corre y se mete entre el humoso fuego.

Cuál se arroja veloz, cuál acomete
las puntas aceradas,
y cómo, enrojeciendo las espadas,
se apremian el infante y el jinete.
Pero aquél luego cede,

que a tanto impulso resistir no puede.

No gama, herida de mortal saeta,
huye de los sabuesos
por los collados ásperos y espesos,
del más pequeño ruido tan inquieta,
que a todas partes gira
y en cada paso ya su muerte mira.

Como el contrario a la fragosa cumbre
se acoge desmayado,
al verse del ibero destrozado
a pesar de su inmensa muchedumbre
y su furia atrevida
en polvo, en humo, en nada convertida.

Y tú, Ricardos, que en tan fausto día
con sereno semblante,
al poderoso Jove semejante,
confundiste del galo la osadía,
cuando el rayo lanzabas,
o los fuertes ataques ordenabas.

Tú que renuevas los ilustres nombres
de Leiva y de Toledo,
la gloria del Aguilar, el gran desnudo
de aquellos siempre inimitables hombres,
que el ponto despreciaron,
y a España nuevos reinos conquistaron.

No por pobres desdeñes mis lóores.
Mejor la sal y farro
y las estatuas de madera o barro
movieron a los dioses superiores,
que en soberbios altares
víctimas degolladas a millares.

Era el don más precioso una alma pura,
Ésta te ofrezco ahora,
en tanto que una trompa más sonora
tu nombre eleva a la celeste altura,
que tu ánimo guerrero
merece como Aquiles otro Homero.

A la paz entre España y Francia

La Discordia levanta su Cabeza,
de víboras crinada,
las mueve, las sacude y agitada
retiembla la mansión de la tristeza.
La turbia Estigia crece
y el tenebroso Averno se estremece.

A su voz, semejante al despedido
Trueno de parda nube,
la Muerte horrible con presteza sube
en su carro fatal, y, conducido
por la espantosa Guerra,
hace gemir los polos de la tierra.

En pos de ella caminan la Hambre fiera,
la Miseria afanosa,
la devorante Fiebre, la ambiciosa
Gloria, el Furor y Rabia carnicera
y todos cuantos males
comprimen con la Guerra a los mortales.

Enmedio eleva su orgullosa frente
desnuda y descarnada.
De fuego y hierro la derecha armada,
la mueve en derredor rápidamente,
y, las riendas tomando,
a sus negros caballos va incitando.

Tascan el freno y con rabiosa espuma
bañan el ancho pecho.
Tiran, se afanan, corren con despecho,
que el látigo sonante los abrumba.
Su intrépida carrera
enciende el eje cual si arista fuera.

Todo es fuego y furor. Todo se llena
de horrorosa matanza.
Ya enmedio de la Galia se abalanza,
con sangre humana enrojando el Sena,
ya en su centro se irrita,
desploma el templo, el trono precipita.

Ya revuelve su carro fulminante
hacia el belga animoso,

no le deja un momento de reposo.
Le estrecha, apremia, oprime, y arrogante
le arranca en sólo un día
lo que antes en cien años no podía.

Ya de la altiva Albión derriba al suelo
las huestes sanguinosas,
que, ganando las playas arenosas,
al mar se arrojan con medroso anhelo,
y en sus naves veleras
abandonan confusas sus riberas.

Ya los muros de hielo, que a su paso
el báltico le opone,
osado pisa y en su suelo pone
el victorioso pie; su cuello laso
el holandés inclina,
le abate y hacia el Rin veloz camina.

Allí, como un torrente impetuoso,
cuanto encuentra arrebatada,
y tala y quema y desordena y mata.
El robusto alemán y el belicoso
prusiano se retiran,
tiemblan al verla, con rubor se admiran.

Y los Alpes también al grave peso
bajan la erguida cima.
Pasa la presta Muerte por encima,
envuelta en polvo, en sangre, en humo espeso
y queda sin aliento
el sardo a tan activo movimiento.

Así el francés guerrero, conducido
por la tremenda Muerte,
aterra al animoso, rinde al fuerte,
y sumerge en el seno del olvido
todas cuantas victorias
al griego y al romano dieron glorias.

Y tú, España valiente, que infundiste
terror al Lacio imperio,
tú que del sarraceno cautiverio

la pesada cadena destruíste
y con ardor guerrero

humillaste a tus pies otro hemisferio,
tú, que te viste del francés triunfante

y con marcha atrevida,
ya del Tech refrenaste la corrida,
ya diste espanto al Canigó gigante,
mil laureles cogiendo
cuando la Europa toda estaba huyendo,

¿tú, pálida y errante? ¿tú aterrada
sueñas la fuerte espada?
¿del contrario te ves atropellada?
¿el ropaje pisado? ¿desceñida?
¿destrenzado el cabello?
¿rotas las joyas del hermoso cuello?

¿Qué tienes? Di. ¿Levantas a los cielos
tus ojos lagrimosos?
¿Exhalas mil suspiros dolorosos?
¿No encuentras, ¡ay!, alivio a tus desvelos?
¿Tuerces las blancas manos?
¿Tus males son tan fuertes? ¿Tan tiranos?

Lo son tanto... ¿No miras ya la cumbre
del nevado Pirene
por el galo ocupada? ¿Cómo viene
bajando con inmensa muchedumbre?
¿Qué el polvo roba el día?
¿Y ensordece su horrenda gritería?

¿No miras que a su impulso el fuerte muro
cede, se abre, le abriga?
¿No ves la hambre, la sed y la fatiga?
¿No ves que no hay asilo ya seguro?
¿Y que el Ebro espantado
no opone diques al francés osado?

¿No ves la reja dura abandonada
en los surcos primeros?
¿Sin pastores balando los corderos?
¿Los talleres desiertos? ¿Profanada
la estancia de las musas?
¿Y a ellas girando en derredor confusas?

¿No ves ya solos los paternos lares?
¿Los techos humeando?

¿Los caminos, las sendas ocupando
ancianos y mujeres a millares,
que huyen horrorizados
del sangriento furor de los soldados?

El tierno niño, de la veste asiendo
de su madre azorada,
la detiene en su fuga acelerada,
y sus brazos con llanto está pidiendo.
Mas ella no le escucha,
que el tiempo es corto y la congoja mucha.

Las vírgenes honestas y encogidas,
rompiendo la clausura,
exponen su recato y hermosura,
andando acá y allá despavoridas:
Que la flor delicada
expuesta al cierzo en breve se ve ajada.

¡Qué! ¿Serán otra vez los templos santos
con rabia destruidos?
¿Mis hijos a cadena reducidos?
¿Volverán a mi seno los quebrantos?
¿Y Dios para castigo
renovará los tiempos de Rodrigo?

No, España, no te afanes y serena
el turbado semblante.
El cielo justo con amor constante
te quiere y te protege. Mira llena
el aura de alegría.
Mira la Paz amable que te envía.

Mira cuál viene de esplendor cercada,
y ninfas que oficiosas
en tomo esparcen arrayán y rosas.
Repara su cabeza, coronada
de los frutos de Ceres,
y en pos de ella corriendo los Placeres.

Abre tus brazos que los suyos tiende
con amoroso exceso.
Recoge de su boca el dulce beso,
con que ese tu dolor borrar pretende
y, en su seno acostada,
disfruta de la dicha deseadada.

Disfrútala en buen hora, que aún el trueno
resuena en el oído.

Aún se escucha el belígero alarido,
aún el suelo se ve de sangre lleno,
y tú, ya alegre en tanto,
en risa vuelves el pasado llanto.

Nace el día en los brazos de la Aurora,
asoma en el Oriente
un destello de luz. Rápidamente
se extiende. El cerco de las nubes dora
y el tenebroso velo
rasgado cae desde el alto cielo.

Así la Paz se esparce por la tierra.
El carro de la Muerte
estalla, vuelca y con impulso fuerte
lanza lejos de sí la horrenda Guerra,
que por el aire vago
rodando se despeña al negro lago.

Al golpe con revueltos remolinos
las hondas se levantan.
Los eternos cerrojos se quebrantan,
se conmueven los muros diamantinos
y queda el monstruo airado
en su profundo abismo sepultado.

Contra la corrupción del siglo

Este suelo lozano,
do su riqueza derramó Natura,
¡ay! extranjera mano
cuidó de su cultura,
cuando yacía el español en dura

y amarga servidumbre.
Y el que el esfuerzo resistió constante
de Roma y a la cumbre,
templo del gran Tonante,
retemblar hizo y demudó el semblante

del hijo de Quirino,

cercado de cadenas, vio asolada
su patria y de un ferino
furor amancillada
la esposa fiel, la virgen consagrada.

Sus lágrimas bañaron
con riego estéril los paternos lares,
que en ellos se cebaron
árabes a millares,
convirtiendo en establos los altares.

Como el Vesubio ardiente,
cuando vomita con horrible estruendo
su rápido torrente,
va los montes hendiendo,
y pueblos en su curso destruyendo,

cual Pompeya, Herculano,
y otros que yacen en eterno olvido
por su furor insano,
así fue destruido
el goda imperio, el reino más florido.

Constantes saguntinos,
soldados de Viriato valerosos,
soberbios numantinos,
compañeros gloriosos
de Sertorio, españoles belicosos,

¿adónde arrebatados
guiáis la planta de temor dudosa?
¿Los hechos esforzados,
la sangre generosa
que anima el corazón, ni la famosa

remembranza de aquellos,
que jamás bajo el yugo colocaron
sus indomables cuellos,
ni tantos, que ensalzaron
la patria y con su muerte la libraron,

alentaros ya puede?
¿Como al lobo los tímidos corderos
vuestra potencia cede
a los árabes fieros?
Vergüenza da y espanto y rabia veros.

¡Qué mucho! Sumergidos
en ocio y a los vicios entregados,
torpes ya los sentidos,
los brazos enervados
y los ánimos fuertes apagados,

opusieron en vano
su desmayada hueste al golpe duro
del robusto africano.
Nadie quedó seguro
ni a pecho abierto, ni detrás del muro.

Y vosotros, Pelayos,
Sanchos, Alfonsos, Dávilas, Guzmanes,
que como ardientes rayos,
y sabios capitanes,
desplegando los rojos tafetanes,

blandisteis la cuchilla
en los montes de Asturias escabrosos,
llanuras de Castilla,
y en donde los medrosos
godos huyeron, no, no estéis gozosos.

Vuestros Hijos no imitan
vuestra ilustre virtud, vuestras acciones,
sus fuerzas no ejercitan
con pesados barrones,
ni al sol revuelven áridos terrones.

Ni al caballo fogoso
hacen que tasque de oprimido el freno
y suba presuroso
el áspero terreno,
de polvo, de sudor, de sangre lleno.

No los juegos marciales,
en que el brío se muestra y la destreza
usan con sus iguales,
sino infame torpeza,
en que gime de horror Naturaleza.

Canciones habaneras,
bailes, en que los miembros, agitados
con mudanzas ligeras,

dejan de ardor tocados
los ánimos más fríos y apagados,

la doncellita aprende
desde su tierna edad y se ejercita.
La llama, que así enciende,
sus deseos irrita,
y al fin la venda del rubor se quita.

En un ruinoso juego
el varón, o en la crápula sumido,
permite con sosiego
que el virginal oído
sea con desenfreno corrompido.

Y luego muy gozoso
en su lecho la admite, al fin que osada
se burle de su esposo
y quede destrozada
del tálamo nupcial la fe sagrada.

¿Qué esperanza nos resta
con progenie tan torpe, tan viciosa,
si acaso viene presta,
y destrüirnos osa
otra nación robusta y belicosa?

A la buena memoria

(De don Antonio Berdejo, Canónigo de Tarragona)

Una voz resonante,
que en la mansión etérea penetrara,
y a júpiter Tonante
el rayo de la diestra derribara,
Antonio, deseara
para librar tu nombre esclarecido
del Tiempo avaro y del oscuro olvido.

¿Y qué menos debiera
hacer por mi maestro, luz y guía?
¡Ay! si cantar pudiera,
cual anhelo, pintara yo aquel día,

que con sabia osadía
mi espíritu abatido levantaste
y a la falda del Pindo me llevaste.

De su escabrosa altura
absorto, volví atrás el pie dudoso.
Pero tú, con dulzura
serenando mi pecho congojoso,
me dijiste animoso:
Quien no se afana en el combate ardiente,
nunca de lauro ceñirá su frente.

Y, mi mano tomando,
arrastraste mis pies por la aspereza.
Seguíate anhelando
y volviendo a lo llano la cabeza.
Crecía mi torpeza
al paso del cansancio. Me paraba
mas tu nervioso brazo me ayudaba.

Cual virgen escogida,
que al nombre de himeneo se demuda,
al verse conducida
al altar llora y acercarse duda,
y cuando desañuda
la zona el dios, de pasmo queda helada,
a su intenso dolor abandonada.

Mas luego que en el pecho
arde la llama del amor y vierte
sus gustos, el despecho
en dulce complacencia se convierte,
pues de esta misma suerte,
cuando vencí la cumbre, en alegría
cambió su desconsuelo el alma mía.

Tú entonces me enseñaste
los secretos del monte delicioso,
tú mi frente bañaste
en el raudal, que corre tortuoso
en su bosque espacioso.
Tú en el templo de Febo entrar me hiciste
y tú su amparo para mí pediste.

Tú al venerable Homero
me diste a conocer. ¡Oh que armonía,

qué fuego duradero,
qué gracia en la expresión, cuánta energía
en su trato sentía!

Yo estaba con su acento embelesado
días enteros sin dejar su lado.

Conocí al grave Horacio,
dulce Ovidio, Virgilio altisonoro,
y a cuantos en el Lacio
amaba Febo y el castalio coro.
De su acento canoro
animado, tomé la lesbia lira,
que blando canto y blando amor inspira.

Advertí que las fieras
süaves a mis ecos se volvían.
Vi las aves parleras,
que atentas escuchando, enmudecían.
Miré que se salían
las yerbas, que las flores se exhalaban,
y su copa los troncos inclinaban.

No, no es mi melodía
la que produce defectos tan no usados,
confuso repetía,
sino los dulces metros acordados,
por estos inspirados.
Suyo es mi canto, mi destreza es suya,
razón es que este don les restituya.

Pero Febo, apartando
los rojos rayos de su clara frente,
dijo con tono blando:
Esos versos que cantas tiernamente,
que halagan la corriente,
y en su ala lleva plácido el Favonio,
sólo los debes al profundo Antonio.

Todo cuanto cantares,
todo es suyo, todo obra de sus manos.
Ora fieros pesares
publiques o contentos soberanos,
ora de los tiranos
celos pintar pretendas la inclemencia
o del Hijo de Venus la potencia.

Ora los dulces nudos
de la santa Amistad risueño entonces,
ora de los membrudos
atletas o los bélicos varones
celebres las acciones,
o ya discantes con estilo grave
los gratos bienes de la Paz süave.

Ora la pluma esgrimas
contra el infame vicio y desenfreno,
ora pausado exprimas
de la Filosofía el trato ameno,
y, en su cándido seno
recostado, demuestres con voz fuerte
que al justo es dulce la temida muerte.

«En fin, cualquiera cosa
que tu voz atrevida cantar quiera
por nueva y escabrosa,
lo mismo es que si Antonio lo dijera.
Si él en ti no vertiera
el raudal de su ciencia, nunca osado

tales versos hubieras entonado»,
dijo y con tierno halago
me reclinó en tu pecho cariñoso.
Mas ¡ay! que el fiero estrago,
con que el Orbe destruye el Tiempo ansioso,
robóme presuroso
tu trato, tu saber, mi único arrimo
y en balde ¡ay! mi dolor llorando exprimo.

Tu decir elocüente,
tu fuego, tu entusiasmo, ¿qué se hicieron?
Tu pensar eminente,
¿dónde está? Tus virtudes ¿dónde fueron?
Todos desaparecieron,
al sacro empíreo rápidos volaron
y polvo y luto y pena nos dejaron.

Y tú, alma afortunada,
que de lazos mortales desprendida,
en la eterna morada
gozas perpetua bienhadada vida,
si mi voz dolorida
penetra donde estás, oye mi canto,

que hoy hasta el Cielo en tu loor levanto.

Y, del amor movido,
que en el mundo tuvísteme algún día,
deja el sagrado nido,
y ven a hacerme grata compañía.
Así la musa mía
hará ver con un claro testimonio
que en el seno nació del sabio Antonio.

La quicaída

(Poema heroico-cómico)

Canto I

Canto el enojo y el crüel despecho,
que produjo una rosa de cien hojas
en el sensible pecho
de la graciosa Quica; sus congojas,
sus guerras y su triunfo; y muy de veras
en tono grave canto fríoleras.

Oh Musa, que a los pechos aquejados
pones delante la agradable risa,
y lanzas al Averno a toda prisa
los negros melancólicos cuidados,
mi tibio pecho inflama,
y en mi labio derrama

con abundancia tanta tus gracejos,
que se estiren los tristes sobrecejos
al escuchar mi canto.
Quejóse al aire así con triste tono:
¿Qué es esto, Quica? ¿qué feroz destino
ahora te persigue? ¿te atormenta?
Tu imperio a tierra vino.
Como sombra fugaz de ti se ahuyenta
la pompa que tenías
en más felices días.

Ya todo se ha trocado.
Ese rostro de todos alabado,
esa rara destreza inimitable

en el antiguo amable,
paspíe majestüoso,
fandango bullicioso,
y en el rey de los bailes el ligero,
el agitado, el rápido bolero,
tu gracia en el vestir, tu garbo y aire,
tu fino gusto en la invención de modas
con asombro de todas,
tu cantar con donaire,
e infatigable pecho
y tantos dones juntos, ¿qué se han hecho?

Una muchacha extraña, una insolente
todas estas mis prendas ha eclipsado.
Ella me arranca el cetro fieramente,
que con tanta razón tuve empuñado
con la invención más rara que se ha visto.

Canto III

Con presta vista sin causar estruendo,
contemplan colocados en hilera
tiestos de Talavera,
blancos y azules, sobre todo finos,
muy semejantes a los vasos chinos,
y que encima, con gracia, descollaban
las prodigiosas rosas que buscaban.

A su vista encendióse su ardimiento
y, sacando cuchillos cortadores,
empiezan al momento
a ejercer sus furores,
como cuando el valiente Don Quijote
acometió al retablo enfurecido
al mirar que a Gaiferos más que a trote
perseguían los moros, con gran ruido
de añafiles, dulzainas y tambores,
mezclados de alaridos y clamores.

Y soberbio y colérico y rabioso
enmedio de la bárbara canalla
arrojóse con ímpetu furioso,
trabando desde luego la batalla
con la espada feroz, que parecía

un rayo que del Cielo descendía.

Y a diestro y a siniestro repartiendo
golpes, reveses, tajos, cuchilladas,
caían los contrarios con estruendo,
en diversas figuras mutiladas:
Quien sin pies, quien sin ojos, quien hendido,
y quien en vanos trozos dividido.
No de otro modo con feroz denuedo
rompen los tallos de las frescas rosas.

No les causa pavor, no infunde miedo
a sus terribles almas belicosas
ni las hondas raíces poderosas,
ni los pinchos agudos,
que en tomo las defienden y rodean,
pues sus brazos membrudos
tronzan y arrancan, rajan y pelean.

Canto IV

No fueron nunca tales
los alaridos ni mayor la pena
de Hécuba por su amada Políxena
y el niño Polidoro,
a quienes inmolaron
amor de Aquiles y la sed de oro,
como los que la pena demostraron

De Tirsa, al contemplar los tristes restos
de su pasada gloria,
hechos añicos sus graciosos tiestos
y del contrario la feroz victoria.
Quedó pálida, atónita, pasmada
y, en brazos de Marcela desmayada,
mostróse viva imagen de la muerte.

Pero su pena fuerte
prestándole vigor y movimiento,

mil desatinos hace en un momento.
Sus manos tuerce, del semblante blando
aja las rosas con rabioso anhelo,
y, las rubias madejas arrancando,

de oro entapiza el suelo.

Ya tiembla, ya se alienta, ya furiosa
no halla en la sala cosa
ni limpia ni con orden colocada.

Canto VII

A vista de un lugar tan distinguido,
de una flor tan hermosa, del vestido
que el triunfo realzaba
y del nuevo peinado, que llevaba,
cada cual a porfía
a la triunfante Tirsa repetía
requiebros y gracejos con dulzura.
Óyelo Quica y, llena de amargura,
maldice interiormente
su bárbara ventura.

Mas luego con furioso continente
se encara a Tirsa y dice: Turbadora
de todo mi contento,
¿imaginas que ahora
con esa nueva especie de tormento
abates mi valor? ¡Cuán engañada!
¡Qué mal conoces la terrible furia
de una mujer airada!

Jamás perdona la pasada injuria,
y no le estorba nada
hasta encontrarse a su sabor vengada.
Así, si eres tan fuerte como altiva,
prepárate al combate, yo te reto.
Tirsa responde al punto: Yo lo acepto.
Y resuena la sala: Viva, viva.

Esta fue la señal de un choque ardiente.
A las armas acuden prestamente,
cruje la seda, el abanico suena,
hecha pedazos salta la ballena,
ríese la tertulia a carcajadas,
retumban las palmadas
con un estruendo enorme estrepitoso,
enciéndose la lid y, con furioso

ímpetu, se entremezclan los partidos.
¡Cuántos jóvenes fueron mal heridos

por una risa, un toque, una mirada!
Ardiendo en ira Tirsa y agitada
se encuentra con los fieros combatientes
que sus rosas robaron.
Atónitos quedaron
al contemplar sus prendas excelentes
y a una sola mirada se rindieron.

Quica y Tirsa, cada una por su parte,
tremolando de amor el estandarte,
de victoria en victoria se adelantan.
Donde ponen la planta
un lauro erguido crece.

El concurso a su vista se estremece,
y teme los efectos de su furia.
Mas ellas, siempre atentas a su injuria,
a fuerza de rendir jóvenes necios,
a fuerza de desdenes y desprecios
y a fuerza de rigor se abren camino.

Se avistan, palidecen y, sin tino,
corren, vuelan, se avanzan y ya cuando
se llegan a juntar, la lid se para.
Tirsa entonces, tomando
la linda rosa con risueña cara
a Quica la presenta.

Toma, toma, le dice. Estoy contenta
en que te la coloques en el pecho.
El mío, satisfecho
con los humos, inciensos y oblaciones,
que debo a los varones,
no necesita adornos extranjeros.

Canto VIII

Mas luego mutuamente se arrojaron
con ímpetu a sus cuellos derramando
un torrente de lágrimas preciosas.
Con ellas demostrando

aquellas sensaciones deliciosas,
que tiene un alma noble, arrepentida
de una acción no debida.

Estuvieron un rato así abrazadas,
perdiendo con el gusto los sentidos.
Resonaba el salón con las palmadas,
con los vivos y aplausos repetidos,
y todo lo que un tiempo imprimió susto,
daba entonces placer, causaba gusto.

Oh vosotros amantes,
si tenéis todavía en la memoria
los felices instantes,
bañados de placer, llenos de gloria,
en que después de tiempo de enfadados
volvisteis otra vez reconciliados
a los brazos hermosos,
que os causaban deliquios deliciosos,
conoceréis la fuerza del contento
que sintieron las dos en el momento
de arrojar de sus nobles corazones
las pasadas injustas sinrazones,
excediendo su heroico vencimiento
a todas las acciones
de Alejandro, de César y de cuantos
sólo causaron con su espada llantos.